

# Una manzana peligrosa en el último día perfecto

Javier Mosquera Saravia

ANTEOJOS AJENOS



*F&G*  
editores

Lecturas de cuarentena

# Lecturas de cuarentena

## Anteojos ajenos, Mosquera Saravia

© Mosquera Saravia

El cuento “Anteojos ajenos” forma parte de la colección de cuentos *Una manzana peligrosa en el último día perfecto* de Mosquera Saravia.

<http://www.fygeditores.com/FGMP9789929700079.htm>



### **F&G Editores**

31 avenida “C” 5-54, zona 7

Colonia Centro América

Guatemala, Guatemala

Teléfonos: (502) 2292 3792 – (502) 5406 0909

[informacion@fygeditores.com](mailto:informacion@fygeditores.com)

[www.fygeditores.com](http://www.fygeditores.com)

## ANTEOJOS AJENOS

*A brave man once requested me  
to answer questions that are key  
is it to be or not to be  
and I replied 'oh why ask me?'*

*'Cause suicide is painless...*

Mike Altman

¿Por qué me gusta comprar anteojos viejos, ajenos y con historia, que antes pertenecieron al más extraño de los desconocidos?

No lo sé.

Un día de tantos, en que andaba con ese vicio que no me deja en paz, conseguí unos muy antiguos, de carey, con el metal labrado. ¿Bronce? ¿Latón? Quién sabe. Como de costumbre, los llevé a esa óptica barata del centro y encargué los cristales necesarios para aliviar mi miopía.

El dueño ya conoce mi impaciencia, por lo que me prometió tenerlos listos a las cinco menos

cuarto. Se me antojó ir por un café. De camino me detuve en la venta de libros viejos, a ver si encontraba algo interesante. Para mi sorpresa, casi me salta a la cara una primera edición de *La Tregua*, firmada por Benedetti. Mi primer impulso fue esconderlo entre mis cosas y salir de allí disimuladamente, a fin de ahorrarme el alto precio que de seguro iba a costarme el capricho.

No me apasiona demasiado el sentimentalismo nostálgico y un poco mojigato de Don Mario, pero una primera edición firmada es un tesoro. Además, este libro tenía sus ventajas. Si al final renunciaba a su posesión egoísta, sabía de un par de amigas que con todo el placer del mundo me regalarían algunos de sus dones amorios con tal de que les cediera tan valiosa posesión.

A veces lamento mi pretenciosa moralidad pequeñoburguesa. Sé que sería incapaz de robarle un libro a Cristóbal. ¡Já!, y yo criticando la mojigatería de Benedetti. Le pregunté a mi amigo si había sido un descuido de su parte dejar ese ejemplar al alcance de cualquier inescrupuloso o si, como suele suceder, simplemente emergió desde el fondo de ese océano de palabras empolvadas que tiene en su local.

Se encogió de hombros.

Acordamos un precio justo y salí de allí feliz. Al llegar al café ya había decidido que iba a proponerle un intercambio indecoroso a Renata. De seguro el placer de volver a estar desnudo entre sus brazos superaría con creces al de presumir mi posesión frente a las dos o tres personas que comparten mi pasión por los libros y, claro, mucho

más exquisito que la satisfacción de tener otra primera edición más en mi librería.

Le hablé por teléfono. Después de insultarme un buen rato, terminó preguntándome si de verdad tenía esa “joya”. La busqué con toda la mala intención del mundo, pues es una adoradora incondicional del viejito uruguayo.

Le propuse que nos reuniéramos en el café, para mostrárselo. Mientras llegaba, hice apuestas conmigo mismo. ¿Sería posible que aceptara hacer el amor después de tanto tiempo? Tuvimos un par de encuentros casuales, y como supongo que no la impresionaron demasiado mis quehaceres carnales, decidió mantenerme la amistad, pero quitarme los derechos. ¿Hasta dónde llegaría su devoción a Don Mario?

Una vez negociados los términos, fuimos juntos a recoger los anteojos. En el camino, con el libro bien sujeto bajo su brazo, me repitió que yo era un desgraciado. Sin embargo, no iba a dejar pasar la oportunidad de tenerlo, aunque enfatizó que sería una sola y definitivamente última vez. Al final, me hizo prometerle que jamás volvería a buscarla con este tipo de proposiciones. Sonreí satisfecho.

Me los probé y le pregunté cómo me quedaban. Me vio fijamente, de un modo muy extraño. “No me gustan”, dijo incómoda. “Quitátelos, por favor, me recordás a alguien”. Le dije que no fuera tan exagerada. No estaban tan feos... De hecho a mí me parecían hermosos. Quiso arrancármelos a la fuerza. Me molesté un poco y terminé cumpliendo su voluntad.

Para mi sorpresa, me devolvió el libro. “Pensándolo bien, ya no lo quiero”, dijo casi a gritos. Luego pretextó alguna ocupación y salió corriendo.

Regresé a mi departamento de mal humor. Me disgusta no entender las situaciones y no quise atribuir la conducta de Renata al incomprensible temperamento de las mujeres. Eso hubiera sido demasiado fácil. Tuve ganas de hacer una siesta antes de salir a buscar algo de cenar. Me quité los zapatos rápidamente y me tiré a la cama.

*Paseaba por un parque extraño, que no podía identificar. Sentada en una banca encontré a una muchacha. No recordaba su nombre, ni sus facciones, ni su sonrisa, pero supe que alguna vez estuve profundamente enamorado de ella. La muchacha parecía no tener idea de quién era yo y empezó a inquietarse en cuanto me acerqué. Me puse los anteojos para verla mejor. Aunque no me ayudaron a reconocerla, pues su sonrisa seguía perdida entre las sombras de mis recuerdos inestables, sí lograron que se le iluminara el rostro y me invitara a sentarme a su lado.*

*Me pareció que el tiempo no había pasado. Supe que apenas ayer habíamos ido a escuchar un concierto y que ella acariciaba lentamente mis dedos y tomaba mi mano. La abracé y empecé a besarla. Ella respondió apasionadamente. Sólo hacía algunas pausas para separarse y tratar de descubrir algo en mi mirada. “Tus ojos..., tus ojos lindos...” me decía, y luego, “quitate los anteojos, me estorban”.*

*Sonó su teléfono. “No contestés, por favor”, le pedí, seguro de que ese aparato iba a destruir el encanto y a devolverme la cotidianidad. Ella pareció asustada, como si de nuevo no me reconociera. Sonó el teléfono otra vez. “No contestés, por favor...”.*

Contesté molesto. Era Virginia, para confirmar nuestra cita de hoy. Había quedado en ayudarla a corregir su tesis. Me percaté de que la siesta se prolongó toda la noche y ya eran cerca de las nueve de la mañana. Me desvestí y fui a bañarme. Bueno, si Renata rechazó la propuesta, ahora existía la posibilidad de que este libro atrajera, por fin, a Virginia hasta mi cama.

Me tardé más de una hora en sugerirle las correcciones de los dos capítulos que me llevó. Antes de despedirnos, le hablé de la primera edición firmada que había conseguido. Se emocionó tanto... Aproveché para invitarla a conocer mi biblioteca.

Ya en el carro, le dije que me parecía sumamente tierna su ilusión por la novela de Benedetti. Saqué el libro de la guantera. Se le iluminaron los ojos. “Adoro este libro”, confesó. “¿Te gustaría tenerlo?”, propuse, y empecé a acariciarle la mano. “¿En serio?”, susurró. No rechazó el primer beso ni las caricias apresuradas en sus senos y su entrepierna.

Me separé de improviso y preguntó por qué con la mirada. “Tendremos más privacidad en mi casa”. Le di el libro y encendí el carro mientras ella aún suspiraba.

Al empezar a conducir saqué los anteojos del estuche y me los puse. Virginia estaba muy contenta y colocó una de sus manos sobre la mía mientras yo hacía los cambios. De pronto me vio y me soltó de inmediato. Pidió que me detuviera. Le pregunté la razón. Tenía algo que hacer y lo había olvidado, explicó. Cuando la vi poner el libro sobre el tablero del carro y manipular insistentemente la puerta, supuse que si no le hacía caso se tiraría. Me detuve.

¿Otra vez los anteojos? No suelo ser supersticioso, por lo tanto concluí que esa era una absurda posibilidad. A pesar de mi razonamiento, la duda quedó rondando en mi cabeza.

Sentí deseos de ir esa tarde a cumplir otro de mis ritos. Hablé por teléfono con Madame Léonie, mi adivina. Obviamente, ése no era su nombre real. Así le decía yo. Un homenaje a Cortázar, bastante esnob, por cierto. Ella no tenía de francés ni el olor. Siempre que la veía estaba recién bañada. Le gustaba decir que era espiritista y no bruja. En su pueblo sabían bien la diferencia. Venía de una aldea perdida de San Marcos. Su consultorio tenía las paredes pintadas de rojo y una mesa llena con todo tipo de accesorios sobrenaturales. Desde fotos, montones de santos, candelas de muchos colores, joyas y anillos varios, hasta muñecos de plástico con miradas aterradoras.

Nunca había podido explicar la necesidad de mis consultas con esta señora. De seguro era algo más inquietante que una simple curiosidad literaria. Si aquellas visitas se debieran sólo a una

investigación artística, con ir una o dos veces hubiera bastado.

Lo mío era quincenal, a veces semanal.

Ese día salí de allí más inquieto que de costumbre. Me pidió tener mucho cuidado y me recomendó no frecuentar parques por algún tiempo. Sobre todo, insistió en que si me encontraba a alguien que me pareciera conocido, no le hiciera caso ni le hablara. “El mal se disfraza de muchas cosas. A veces de muchachas bonitas y a usted lo andan buscando”.

Casi nunca escucho consejos y menos cuando parecen contradecir la realidad. “¿Me andan buscando las muchachas bonitas?” Últimamente parecía ser todo lo contrario. En cuanto me veían, salían corriendo. Así que sólo por contrariar a los agoreros, me fui directo a dar una vuelta al parque. Pensé en la “continuidad de esos lugares” y me lo reocriminé de inmediato. *¿No podrías ser un poco más original y dejar en paz a Cortázar de una buena vez? Primero Madame Léonie y ahora esto... En fin.*

Sentada en una banca estaba la muchacha con la que soñé anoche. Supe todo el tiempo que esto ocurriría y fui un tonto al negármelo. La espiritista tuvo razón al advertirme, pero era evidente que yo no le iba a hacer caso. Fui de prisa a su lado.

—Disculpe, ¿nos hemos visto antes o estoy confundido?

—Ponete los anteojos, así casi no puedo reconocerte.

Dados los antecedentes, me abstuve de hacerlo. Ella pareció decepcionada y continuó.

—Cómo te ha cambiado la mirada. Parece que mi lejanía te ha afectado más de lo que yo pensaba. Ahora tus ojos ven de una forma superficial y vulgar.

—¿Perdón? Ni siquiera nos conocemos —le dije molesto—. Simplemente la confundí con alguien más. ¿Cómo se atreve a decirme vulgar?, ¿por qué dice que mi mirada es superficial?

—Ponete los anteojos, por favor.

No quise seguir con la conversación. Me di la vuelta dispuesto a alejarme, pero muy pronto presentí que me resultaría imposible vivir en paz si no me aseguraba de que todo aquello era sólo una casualidad. Me puse los anteojos y regresé para convencerme y convencerla de nuestro mutuo desconocimiento.

Su expresión se había vuelto sombría. Triste. Y sí, la reconocí. Recordé, súbitamente, no sólo su cara y sus gestos, sino todo lo sucedido entre nosotros. Aquellos desagradables instantes del adiós... La repentina forma en la que desapareció, dejándome solo, y mi imposibilidad de volver a encontrarla.

Me quité los lentes. Esto era alguna broma de mi inconsciente. Yo no sabía quién era esta muchacha, sólo la había visto en sueños. ¿Qué tenían estos aros que me hacían recordar sucesos que nunca viví? ¿Serían acaso los causantes de mis alucinaciones? Para confirmarlo sostuve los anteojos frente a mi cara. Al verla a través de ellos, sabía quién era y recordaba todo lo sucedido. Si los separaba, mi mente se quedaba en blanco.

Convencido, decidí guardarlos para retirarme de allí sin sentimientos encontrados.

Como si eso fuera posible.

Al menos ya sabía que no fue casual que mis amigas rechazaran la primera edición de *La tregua* después de haber accedido a mi proposición. Era evidente que los anteojos habían desencadenado su conducta.

Sin embargo, una locura de ese calibre debía ser confirmada.

Le pedí a Tatiana que nos viéramos. Ella había sido mi amiga habitual los últimos meses. Solíamos juntarnos regularmente para ir a comer, al cine, a hacer el amor, o las tres cosas en un mismo día. Con ella no era preciso ninguna negociación. Estuvo de acuerdo con reunirnos el jueves a las cuatro, en mi casa.

Me saludó con alegría y un poco más cariñosa de lo acostumbrado. Teníamos casi dos semanas sin estar juntos, así que las necesidades de ambos se habían ido acumulando. A ella se le notaba en la inquietud y en lo erizado de la piel de su hombro cuando le di un beso en el cuello.

En cierto momento me puse los anteojos y, como ya esperaba, su humor cambió. A diferencia de las otras dos, permaneció junto a mí algún tiempo más, eso sí, bastante molesta. No tardó en encontrar un pretexto para discutir conmigo, levantarse y dejarme hablando solo.

Se terminaron mis dudas. Era hora de deshacerme de estos lentes hechizados, malditos y tuercedestinos. Salí de mi departamento y me dispuse a caminar hasta la 12 calle en busca de una tienda

de antigüedades en la que nunca antes hubiera negociado algo, con la esperanza de revenderlos y no perder tanto en la transacción.

Acababan de abrir una. La vi de pasada, hace tres días.

Ya en camino, quise variar la ruta por la que regularmente transito. Al subir por la 3ra. calle, pasé frente al cruce de la 9na. avenida "B". Nunca había entrado en este callejón y tuve el presentimiento de que aquí encontraría algo más que hoteles baratos de prostitutas y casas particulares. No me equivoqué. Casi en el fondo había un local con un letrero en la puerta: "Teatro de sombras chinescas".

¿Sombras chinescas? Aunque en este barrio vivían muchas personas dedicadas al arte, incluso varios actores, jamás supuse la existencia de un sitio tan insólito. Sin dudar, entré. El cuarto frontal estaba bastante oscuro y tenía una especie de ventana que hacía las veces de taquilla. De pronto imaginé que más adentro encontraría uno de esos antiguos lugares de chinos con una representación de marionetas a contraluz, escenificando combates de guerreros inmemoriales hechos de papel, la cual, seguramente, sólo era un pretexto para ocultar el salón de fumadores de opio de la trastienda. Una figuración nada original. Esa imagen la había visto antes en una película.

Pagué. La realidad no tenía nada que ver con mis suposiciones. El teatro era un salón, pintado todo de color amarillo pálido, con dieciséis sillas, más o menos ordenadas, frente a una pantalla hecha de tela. En las paredes laterales, había

dibujos que simulaban ventanas, atrás de cuyos supuestos cristales se veía un cielo azul luminoso con algunas nubes blancas. A pesar del encierro, estas pinturas lograban el efecto de proporcionar un sentimiento de libertad.

Me senté. No había nadie más.

Las luces se atenuaron, se iluminó la pantalla y empezó la función. Era un ballet ejecutado por las sombras de figuras de papel, bastante mal hechas, danzando sin ritmo alguno al compás de música sinfónica, una versión orquestada de *Luna de Xelajú*, que venía de bocinas ocultas.

A media función las sombras desaparecieron y dieron paso a la proyección de un video, en cuyos títulos iniciales se leía: *Ballet for Life* de Maurice Bejart: “Dedicado a todos aquellos que murieron antes de tiempo. Un homenaje a Fredy Mercury y Jorge Don. Vestuario: Versace”.

No era el ballet completo, sino un fragmento en el que la sombra de un bailarín se proyectaba a una pantalla. Escenificación muy adecuada al propósito de este teatro.

Así como con las sombras chinescas, la proyección se detuvo de improviso. El cuarto quedó escasamente iluminado por las lámparas de luz indirecta, que alumbraban las falsas ventanas. Un ruido estridente me hizo saltar de la silla y después todo quedó a oscuras. Al salón no entraba ni siquiera un mísero rayo de luz. En los altoparlantes se escuchó este discurso:

“La decadencia no está cerca, no en estas calles, amparo de prostitutas, procesiones, travestis, pordioseros, asaltantes y orines. Tampoco en este

país violento y extraviado. El ocaso de la belleza se encuentra en el supuesto elitismo del arte, llevado al límite del preciosismo estético, de los cuerpos casi perfectos, de las puestas en escena surrealistas y sobrevaloradas.

»Enterremos esas pretensiones de excelcitud en la misma tumba en donde ya se pudren Bejart, Mercury, Don y Versace, junto con su Europa decrepita y facista.

»Salgamos a caminar y sintámonos liberados de los cánones añejos, gocemos de nuestra realidad podrida y celebremos las creaciones nacionales, tal vez mediocres, pero propias.

»Y si los desencantados e inconformes insisten en criticar y aspirar a obras más sublimes, facilítemosles los medios para que se vayan al infierno.

»De un modo u otro».

Se encendieron de nuevo las luces indirectas y regresaron las sombras chinescas. Esta vez representando una escena de algún cuento de hadas.

Empecé a sentir un disgusto terrible y una necesidad urgente. Me levanté, salí rápido de ese lugar y me dirigí sin más distracciones a revender los anteojos.

Al llegar a la supuesta tienda recién abierta, el dueño —desconocido para mí— me saludó con una familiaridad asombrosa, como si yo fuera un cliente de toda la vida.

*¿Otra vez me viene a vender esos anteojos? En esta ocasión tardó menos que en las anteriores. ¿Sabe qué?, permítame evitarle futuras molestias. Hoy no le voy a dar dinero por ellos. A cambio*

*acépteme este puñal. Ya se le ocurrirá una buena forma de utilizarlo.*

El cuento “Anteojos ajenos” forma parte de la colección de cuentos *Una manzana peligrosa en el último día perfecto* de Mosquera Saravia.

Si desea leer el libro completo, lo puede pedir a domicilio:

Artemis Libros, WhatsApp: +502 4259-9714

De Museo, WhatsApp: +502 5513-6060

Fondo de Cultura Económica: 5017-3130

Piedrasanta: 5966-1372

Sophos, WhatsApp: +502 5690-7214

**#YoLeoEnCasa**